

azotea si me quedo en ella;..... pero aquí me abraso de no saber lo que ocurre..... ea; se acabó; si sube que suba; pero yo allá me voy.

—Me marchó á la azotea, Mercedes.

—Voy contigo: ahora bien se puede estar allí; y por no dejarte solo no me he trasladado ya.

—Pues, hija: á no ser por tí no hubiera bajado.

—Pues vamos.

D. Santiago, á favor del anteojo, registró con cuidado toda la montaña, y desalentado bajó el instrumento.

En aquel momento se presentó D. Cirilo que, impaciente é inquieto, se había traslado de su casa á la de don Santiago, desde la que podía observarse mejor. Le acompañaba una muchacha de la casa, que le servía de guía.

—Buenas tardes nos de Dios; dijo D. Cirilo.

—Quiera Dios que sean buenas, repuso D.<sup>a</sup> Mercedes.

—No se ve nada, le indicó D. Santiago. Y llevándolo más lejos, á pretexto de que apoyara el anteojo sobre el repecho de la azotea, le dijo: mal me huele esto, y ya no puedo sufrir más. Si no fuera por Mercedes yo mismo me pondría en marcha; comprendo que no puede ser; pero voy á enviar á los criados con teas de resina, para que les alumbren si los hallan en el camino..... ó para que los busquen...

—No me parece mal, apuntó D. Cirilo: pero no hay que alarmarse; todavía no puede decirse que sea tarde.

—¿Qué hablan ustedes? saltó D.<sup>a</sup> Mercedes, que estaba recelosa...

—Nada; decíamos que para que les alumbren no estará de más que vayan los criados con teas.

—¡Ay, Virgen mía bendita! Desgraciada de mí...

—Caramba, no es para tanto. Un poco más calma y fortaleza, D.<sup>a</sup> Mercedes,